

Lingüística y genética de los textos: un decálogo

Jean-Louis Lebrave y Almuth Grésillon
ITEM (Institut de Textes et Manuscrits Modernes), Paris

Traducción de Julia G. Romero y revisión de Margarita Merbilhaá^a

A comienzos de los años 1970, dos lingüistas —los firmantes de estas líneas— fueron nombrados en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) y afectados al Centro de análisis de Manuscritos Modernos, equipo que precedió al actual “Instituto de Textos y Manuscritos Modernos” (ITEM). ¿Qué es lo que pudo haber provocado esta decisión institucional? Era la época gloriosa de la lingüística, ciencia piloto para las ciencias humanas; era la época de dos Coloquios de Cluny sobre “Lingüística y Literatura” (1968 y 1970). Fieles a esta lógica, los estudiosos de la literatura que habían comenzado a interesarse en los manuscritos esperaban simplemente que los lingüistas les proveyeran un método de aproximación científica para el tratamiento de los manuscritos de escritores. ¿Cómo hemos respondido a ese desafío? Las dificultades eran de varios órdenes, todas ligadas a la materia verbal específica de estos “pre-textos”¹ que nos habían propuesto para el análisis.

1. Los manuscritos son conjuntos textuales

En los años setenta el lugar privilegiado de la lingüística estaba representado casi exclusivamente por las gramáticas de *frase*, lo cual implicaba la concepción de la lengua como sistema y como competencia, dejando de lado la lengua realmente producida, que se reservaba al dominio de la *performance*. Por lo tanto, ninguno de los modelos dominantes, ya sea que se tratara del estructuralismo americano o europeo, o también de la gramática generativa, podía proporcionarnos un marco teórico apropiado para el tratamiento de nuestros corpus.

Con respecto, más concretamente, a la gramática generativa, es necesario destacar que a través de la adecuación aparente del vocabulario, el concepto de *transformación* constituía una verdadera trampa, excepto que se lo tomara de un modo estrictamente metafórico. En efecto, *generar* se toma en su sentido matemático lógico de mecanismo por el cual la gramática (formal) de una lengua, natural o no, enumera todas las oraciones de esta lengua y proporciona una descripción de su estructura. De manera explícita, la afirmación constantemente repetida acerca de que la *performance* no se sitúa en el campo de la lingüística *stricto sensu* (“un análisis completo de la *performance* permanecerá probablemente siempre fuera de alcance de una caracterización científica”),² condena de antemano al fracaso todo intento de utilización de la lingüística chomskiana para aclarar las operaciones de *producción verbal* que dejan sus huellas en los manuscritos.

Se asistía, en particular en Alemania, a tentativas de elaboración de una lingüística del texto por extrapolación o por generalización del marco teórico postulado para la frase.³ Pero estas gramáticas del texto no eran más que un mito. Los modelos de inspiración generativa, que pensaban poder dar cuenta de los fenómenos textuales substituyendo los árboles de frase bajo un nudo dominante suplementario “T”, resultaron excesivamente reductivos para dar cuenta de los datos propiamente textuales. En cuanto a los modelos de inspiración más pragmática que modelaban situaciones discursivas de la vida diaria (“esquemas”, “scripts”, “frames”, etc.),⁴ estaban basados en estructuras textuales seguramente operatorias para las producciones lingüísticas usuales, pero que a todas luces resultaban demasiado simplistas para adaptarse a la complejidad de los textos literarios.

^a Agradecemos a los autores de este artículo la autorización para publicar la presente traducción.



2. Los manuscritos están vinculados a la composición de los textos literarios

Percibíamos pues de una manera muy fuerte el hiato que separaba a los objetos del “Textlinguistik” de los corpus *literarios* que debíamos estudiar. En vez de un objetivo informativo común que se inscribía en el parámetro pragmático de la comunicación ordinaria, nuestros objetos implicaban un objetivo estético, y si bien ignorábamos mediante qué teoría se podía dar cuenta de esto, sabíamos al menos que la calidad estética de estos textos cuya producción analizábamos estaba necesariamente vinculada con ciertos usos singulares de la lengua, que se alejaban del uso cotidiano (creatividad léxica; juego de pronombres y tiempos verbales; figuras de discurso; creación de mundos de la ficción a través de los poderes de la lengua...).

Además, no podía no tenerse en cuenta *la instancia* de quien está en la génesis de un texto literario: el escritor, el autor, el hablante, el sujeto que habla, el sujeto que escribe... ¿Cómo debía definirse esta instancia, especialmente en un momento histórico en que teóricos como Foucault y Barthes habían declarado la muerte del autor? En forma paralela a esta deconstrucción del concepto de autor y a la complejidad de la noción de sujeto (sujeto gramatical, sujeto hablante, sujeto del inconsciente, sujeto de la enunciación), era necesario pronunciarse también en relación a conceptos estrictamente lingüísticos como “hablante” y “enunciador”.

Como lo observamos más arriba, la gramática generativa deja fuera de su campo los fenómenos de la *performance*, en particular los del hablante real. A su vez, la pragmática, aunque pretendiera interesarse por el discurso, nos parecía que postulaba también un concepto de hablante que resultaba inapropiado para aquello que queríamos aprehender en los manuscritos de un escritor. En efecto, al basarse en la simetría emisor-receptor tal como la habían formalizado los ingenieros en telecomunicaciones, también la pragmática construía ella misma un concepto de hablante ideal. En realidad, el marco teórico chomskiano, al igual que el marco pragmático, mantenían una concepción idealista del sujeto; era como si el descubrimiento, por parte del psicoanálisis, de un sujeto escindido, que ya no es “amo en su casa”, hubiera sido propiamente reprimido por las ciencias del lenguaje.

En cuanto a la noción de enunciador, ésta dejaba abierta la cuestión de la relación entre el sujeto hablante de la teoría lingüística y el del psicoanálisis. Teniendo en cuenta que dicha noción era reivindicada, o simplemente empleada, por los representantes de diferentes teorías (Irigaray, Kristeva, Todorov, Ducrot, Benveniste, Culioli), su implementación por parte nuestra en los manuscritos requería una aclaración y una explicación de nuestras elecciones teóricas.

Last but not least, al no encontrar ningún término para designar claramente al sujeto que escribe, decidimos adoptar empíricamente el término “escribiente”,^b que podía al menos hacer pareja con “hablante”, reservado para la oralidad.

3. Los manuscritos no son textos terminados sino borradores

Los pre-textos en general están constituidos por unidades “*in statu nascendi*”, en proceso de escritura. Es inclusive esta imagen de nacimiento, de engendramiento, que ha producido metafóricamente términos como “génesis”, “genética”, “geneticista”. Hace falta recordar en la actualidad que esta terminología es más tributaria de la creación del mundo que de la genética microbiológica. Lo cierto es que las teorías lingüísticas distaban de prestarse “espontáneamente” a la aprehensión de dicho material.

En efecto, ¿cuál es esta realidad específica del borrador? Se trata de un documento escrito, de naturaleza heterogénea, a menudo incompleto, inacabado y lleno de tachaduras y reescrituras, cuya característica principal es la de ser parte integrante de una cadena de producción textual también denominada “génesis de la obra”. En un texto publicado en 1982, ya

^b En francés, el término específico “scripteur” se refiere a cualquier enunciador implicado en el proceso de una producción verbal escrita. Optamos por traducirlo como “escribiente”, para distinguirlo del concepto de “escritor” (N. de T.).

habíamos subrayado la importancia de la naturaleza procesual de nuestros corpus: “los manuscritos requieren el interés del lingüista de manera particular: más que cualquier otra realización lingüística, plantean inmediatamente la cuestión de la producción de los enunciados”. Esta puede ser aprehendida, tal fue la apuesta de los “genetistas”, a través del análisis de los pre-textos.⁵ Lo esencial de un borrador es que presenta una materia verbal dinámica, móvil, siempre sujeta a nuevos cambios, hasta el momento en que el “escribiente” decide dar por finalizadas sus reescrituras.

4. Los manuscritos no están ligados a estructuras sino a procesos

Lo que desde hace décadas las distintas corrientes de la lingüística habían comprendido y a menudo formalizado en términos de “forma” y “estructura” resultaba inadecuado o insuficiente para el tratamiento de los borradores; era necesario, pues, dar un paso teórico importante: considerar los borradores no tanto como objetos o formas a describir, sino como rastros de procesos, como una inscripción material de acontecimientos cuya dinámica de tiempo real debía reconstruirse.

B.-N. Grunig ha destacado en un artículo sobre “Estructuras y procesos”,⁶ la novedad de dicho enfoque, las cuestiones teóricas que éste plantea y el hecho de que “la investigación en el ámbito tan interesante de la producción carezca cruelmente de datos empíricos” (p. 44). Añade que los borradores estudiados por los lingüistas del ITEM constituyen una huella valiosa del proceso pasado.

5. Los manuscritos son portadores de los rastros de operaciones enunciativas

Para delimitar estos procesos, las teorías de la enunciación aportaban herramientas valiosas. ¿Acaso Benveniste no ha sido el primero en establecer que la enunciación era “la puesta en funcionamiento de la lengua mediante un acto individual de uso”? Y las construcciones teóricas de A. Culioli, aunque no constituyeran la formalización de operaciones de producción *reales*, aportaban *a priori* un marco mucho más adaptado a los datos de los borradores, que las estructuras fijas de las lingüísticas estructurales. Evidentemente, el marco global proporcionado por Benveniste o Culioli se prestaba mejor que cualquier otro a la elaboración de una “lingüística de los ajustes enunciativos” exigida por el estudio de los borradores.⁷ Como lo subraya S. Robert,⁸ la teoría de Culioli tiene especial interés para pensar un modelo de *producción*, en tanto la construcción de lo que él llama las *operaciones enunciativas* en un modelo dinámico permite abordar los procesos de “construcción y de ajuste interpretativo” que constituyen el funcionamiento efectivo del lenguaje. Por consiguiente, esta teoría puede ponerse en relación con fenómenos relativos a la producción *real*, cuyo rastro queda atestiguado en los borradores.

A nivel más general, las teorías de la enunciación proporcionaban una contribución de otro orden, más metodológico: al sugerirse que los enunciados tenían una historia que se inscribía en una temporalidad, al afirmarse que bajo condiciones particulares, dichos enunciados eran producidos por sujetos hablantes con ciertas propiedades, algunas de las cuales podían ser convertidas en modelos, era posible entonces aislar la diferencia radical que existía entre la producción escrita y la producción oral (véase más abajo).

Esta toma de conciencia por fin hizo posible el desarrollo de investigaciones sobre la producción verbal. Por razones que se deben seguramente a la negativa de Saussure de ver en el [texto] escrito algo más que una forma secundaria respecto del [texto] oral, la lingüística se interesó poco por la producción escrita, la que fue en cambio objeto de trabajos pioneros en psicolingüística a partir de fines de los años 70.

6. Manuscritos y psicolingüística

Es alrededor de la misma época que nace una “lingüística de los borradores” y en psicolingüística es cuando aparecen los primeros “modelos” de la producción escrita: el artículo fundador de R. Hayes y L. Flower es de 1980.⁹ El modelo propuesto por estos dos

investigadores constituye el inicio de una serie de trabajos experimentales a través de los cuales se consolida un enfoque psicolingüístico de la producción escrita, que se fue precisando durante las dos últimas décadas del siglo XX.¹⁰ Pero las primeras versiones de estos modelos y de los dispositivos experimentales destinados a convalidarlos, permanecían por debajo de la extrema complejidad de los procesos aparecían en la producción literaria; recién a comienzos de los años 2000 pudo darse una verdadera convergencia entre ambos enfoques.¹¹

7. La especificidad de lo escrito

Para el análisis de los manuscritos, era necesario aceptar rápidamente que la materialidad del escrito constituía un dato central, y esto por dos razones fundamentales. En primer lugar, desde el punto de vista de la comunicación, la producción verbal escrita está regulada por normas específicas que la distinguen radicalmente del intercambio oral. A causa de la no simultaneidad física del “escribiente” y el lector en el momento de la producción, la escritura no se somete, como el discurso oral, a la presión del *hic et nunc*. El mensaje no se transmite instantáneamente a medida que se produce, sino que su recepción es diferida y las dos fases —emisión y recepción— adquieren una cierta autonomía. Esta puesta en suspenso del tiempo ofrece al escribiente una posibilidad inédita con respecto a la oralidad, que consiste en volver atrás y retomar el enunciado antes de ponerlo en circulación. De ahí las correcciones de todo tipo, tachaduras, enmiendas, sustituciones, añadiduras, desplazamientos..., que son como la firma de los documentos de génesis.

De esta liberación respecto del tiempo que pasa, surge una consecuencia fundamental: en la producción escrita, no hay coincidencia entre el carácter sucesivo del tiempo de la escritura y la linealidad de la cadena significativa producida.

En segundo lugar, junto a esta característica relativa al tiempo, los manuscritos ponen en evidencia con nitidez otra dificultad vinculada a la naturaleza del medio. En su realidad física, el manuscrito impone renunciar a la simplicidad del modelo saussuriano que sólo ve en el escrito una simple transcripción de lo oral. En la época en que nos confrontábamos a los borradores, la lingüística permanecía masivamente en la dependencia de dicho modelo. Las críticas formuladas por Vacek y la escuela de Praga en los años 20 se habían casi olvidado, y es en los márgenes de la lingüística que se desarrollaba una reflexión sobre la especificidad de lo escrito, en el caso de algunos especialistas de la ortografía, como N. Catach¹² y J. Anis,¹³ o de manera mucho más masiva, en el ámbito de la antropología, con los trabajos decisivos de J. Goody.¹⁴

Esta corriente de rehabilitación de lo escrito nos resultó muy valiosa ya que nos ayudaba a ver y hacer ver los borradores en su originalidad irreductible. Pero distaba mucho de darnos herramientas completas para comprender la riqueza gráfica de los manuscritos. Fue por tanteos sucesivos que logramos, en los manuscritos, deslindar la sustancia gráfica de la sustancia propiamente lingüística.

Entre las variables de las que debíamos dar cuenta, tres merecen una mención particular, debido a su utilización intensiva por parte de los escritores durante el proceso de creación: aquellas vinculadas al hecho de que el soporte de lo escrito (en las condiciones normales de la escritura literaria) es una superficie plana con dos dimensiones;¹⁵ aquellas que, en la página, responden a la percepción visual sin ser reducibles a una codificación grafemática; por último, aquellas que pertenecen más a la dimensión propiamente estética, como los dibujos, o simples garabatos. Sin explayarnos aquí, mencionemos para el primer tipo, la organización del espacio de la página por la escritura misma. Ésta organiza, a medida que se desarrolla, una o varias zonas de escritura delimitadas en contraste con las zonas no escritas, interlíneas, márgenes laterales, margen superior, pie de página (incluso, como en los cuadernos de Proust, una página en simetría con la página escrita), cuya significación surge de su relación con lo ya escrito, y que están disponibles para otros usos. En algunos escritores como Flaubert, se puede hablar de un verdadero sistema de gestión de los márgenes como espacio de reescrituras. Además de estas zonas diferenciadas, podemos mencionar también las estructuras tabulares, cuya importancia

mostró J. Goody acerca de los efectos antropológicos de la escritura. Para los escritores, puede tratarse por supuesto de cuadros en sentido estricto, pero también de acumulaciones de notas o listas de palabras. Se puede considerar, por otra parte, que este acopio cruza la frontera de la hoja y podemos generalizarlo al grosor del dossier en su conjunto, en la superposición de sus hojas: en Flaubert por ejemplo, los distintos estados de los pre-textos se acumulan unos sobre otros en un apilamiento de hojas sucesivas.

Con el término de “variables visuales” se designa todo aquello susceptible de “dar señales” en la página manuscrita, como suplemento de los signos alfabéticos: desde las características de las tachaduras, las capas, las marcas de inserción, las características de determinadas zonas particulares de la página, y también el color de la tinta y la naturaleza del instrumento utilizado, hasta datos más difíciles de comprender, como las variaciones en el ritmo de la escritura, en el ductus o en el calibre, para no hablar de los elementos que adquieren el estatuto de signos sin ser, por lejos, signos lingüísticos e incluso con un vínculo muy indirecto con lo escrito como, por ejemplo, la naturaleza del papel, la presencia eventual de una filigrana, las características físicas del dossier, etc.

Finalmente —aunque estos datos no se verifiquen en todos los escritores— es necesario poder dar cuenta de variables más bien propias de las artes visuales, desde los simples garabatos esporádicos de Flaubert, hasta los dibujos de Victor Hugo o de Günter Grass.

8. El manuscrito como corpus obligado

En síntesis, los datos sobre los que debíamos rendir cuenta exigían la consideración simultánea de una multitud de parámetros: se trataba de a) conjuntos que excedían los límites de la frase; b) objetos literarios y no de producciones “ordinarias”; c) borradores y pre-textos, que, lejos ser reducibles a simples estructuras, eran la inscripción material de procesos; d) documentos escritos. Semejantes rasgos convierten a estos conjuntos textuales en lo que A. Culioli llamó *corpus obligados*, donde el texto no es aquí “ni una muestra (o una muestra representativa de sí mismo), ni un conjunto extensible y manipulable, ya que no se trata aquí de una simulación”.¹⁶ Y como cada pre-texto constituye un conjunto de elementos interdependientes, se debe satisfacer una tercera exigencia, la de la exhaustividad: no basta con extraer de las distintas variables, aquellos elementos que sean congruentes con tal o cual *a priori* teórico o interpretativo.

9. Herramientas y métodos

Después de todas esos ajustes respecto de diferentes teorías lingüísticas y su relativa insuficiencia frente al objeto manuscrito, estábamos sin embargo convencidos de que el método lingüístico en general y algunos conceptos en particular debían sernos de una ayuda innegable. Decidimos entonces forjar de manera empírica las herramientas de descripción pidiendo prestado algunos elementos a la lingüística existente allí donde eso parecía posible y razonable aun cuando tuviéramos que adaptar a nuestro objeto algunas de sus nociones, e incluso desviarlas, cuando fuera el caso, de su sentido original con el fin de volverlos operativos para las necesidades de una genética que se trataba de inventar.

Las herramientas

Así fue como le “robamos” al estructuralismo términos como “sustitución”, “variante” y “paradigma”, otorgándoles en parte, a su vez, nuevas definiciones. Si partimos del hecho de que una de las propiedades del borrador es que tal unidad se encuentra eliminada y sustituida por tal otra, resulta evidente la utilidad del concepto de “sustitución”. Pero contrariamente a la sustitución estructuralista, que es simétrica e independiente del tiempo, los cambios en la escritura están orientados y necesariamente ordenados en el tiempo. Si el escribiente documenta en primer lugar “x”, luego lo sustituye por “y”, es obvio recordar que si en primer lugar hubiera escrito “y”, luego lo hubiera sustituido por “x”, estaríamos ante una sustitución diferente. Es pues lo que llamamos “sustitución orientada”. Por otra parte, como las reescrituras se presentan

bajo cuatro configuraciones —sustituir, añadir, suprimir, desplazarse—, el concepto de sustitución permitía tratar estos cuatro tipos de reescrituras como cuatro subclases de sustituciones, a condición sin embargo de introducir otro concepto lingüístico: la variable \emptyset . Así pues, se podía representar

el reemplazo como “ $x \rightarrow y$ ”
 el agregado como “ $\emptyset \rightarrow x$ ”
 la supresión como “ $x \rightarrow \emptyset$ ”
 el desplazamiento como “ $abcd \rightarrow bcda$ ”¹⁷

Se ve bien así cómo una sola noción tomada en préstamo a la lingüística y adaptada a la genética puede tener un poder explicativo considerable. Otro caso de préstamo: el concepto de “variante”. El estructuralismo la había definido, en particular, en el ámbito de la fonética, como lo que distinguía dos realizaciones de una misma unidad lingüística (dos sonidos por ejemplo, o dos morfemas) tomadas en un determinado contexto, sin que el *valor* (en el sentido de Saussure) de la unidad en cuestión sea modificado. Trasladada al ámbito de los borradores, el concepto de variante recibirá una definición: bien distinta: se considerarán dos segmentos —palabras, grupos sintácticos o frases— como variantes una de la otra si en un contexto idéntico producen una diferencia de sentido. Y el interés de un relevamiento de variantes residirá precisamente en detectar en qué reside dicha diferencia de sentido. Como en el caso de la sustitución, la variante aplicada al manuscrito no puede sino estar orientada, y esta vez la orientación es retrospectiva: se dirá que “xBy” es una variante en relación a “xAy”, anteriormente escrita, si “A” ha sido reemplazada por “B” y si “B” introduce una diferencia de sentido pertinente. Por otra parte, inspirados en una distinción introducida por Hjelmslev, hemos diferenciado, en el ámbito del manuscrito, las variantes vinculadas y las variantes libres.¹⁸ La variante será considerada vinculada cuando se deba a exigencias de la lengua (morfológicas, léxicas, sintácticas o de reglas de encadenamiento textual) o si no es más que el efecto gramaticalmente necesario de una primera variante. Las variantes no vinculadas fueron denominadas libres.

Por otra parte, en la familia de la variante, introdujimos el par “texto variante vs. texto no variante”, lo que permitía definir, al igual que en las isotopías, aquello que permanecía sin cambios a lo largo de la génesis.

De acuerdo con las variables del manuscrito, también definimos otra propiedad de la variante propia de los borradores. Si se produce inmediatamente, al correr de la escritura, por lo tanto en la misma línea que lo que ya se escribió, propusimos que se trataba de una “alternativa de escritura”. Si no se produce inmediatamente —y es localizable gracias a criterios de posición, sea en el espacio interlineal, en el margen o sobre otros folios—, la definimos como una “variante de lectura”, es decir, un fenómeno que supone que el escribiente se detuvo en un momento dado para releerse y proceder entonces a algunos cambios.¹⁹

Otra noción tomada en préstamo a la lingüística es la de “paradigma”. Para el estructuralismo, esta noción designa un conjunto de unidades virtualmente permutables en un contexto dado. Adaptada a nuestras necesidades, la noción de paradigma designa un conjunto de unidades *realmente permutables* las unas con las otras, unidades que forman, entonces, un “paradigma de reescrituras”.

Otras herramientas que sirvieron para elaborar el método genético provienen de las teorías de la enunciación. Así, muchos de nuestros análisis de manuscritos son deudores de los trabajos de Benveniste, en particular, su artículo “El aparato formal de la enunciación”²⁰ de donde conviene citar esta breve frase, visionaria en su tiempo: “Sería necesario también distinguir la enunciación hablada de la enunciación escrita. Ésta se mueve sobre dos planos: el escritor se enuncia escribiendo y, al interior de su escritura, él hace que los individuos se enuncien”.²¹ Los trabajos de Culioli, lo dijimos, nos han permitido adaptar a nuestras necesidades conceptos como “operación”, “paráfrasis”, “ambigüedad”, “reformulación”, sin los

cuales, en la actualidad, ninguna descripción de fenómenos de escritura y reescritura parece posible.

Las reflexiones de Culioli sobre la necesaria concomitancia (¡abstracta!) del enunciador y del co-enunciador merecen aquí una mención particular, ya ellas son las que nos han llevado a formular la hipótesis de “la doble locución”.²² En efecto, Culioli entiende la lengua no como una estructura definida de estados, sino como una doble actividad de producción y reconocimiento. Si se transpone esta hipótesis teórica a nuestro campo de análisis, el manuscrito puede considerarse como soporte de un proceso donde existe siempre una correspondencia entre la actividad de escritura y la actividad de lectura. El escribiente-enunciador es siempre también su primer lector y es como lector que se crea el papel de un segundo enunciador, el que reanuda y corrige lo ya escrito. Se ve por otra parte que esta tesis se incorpora *mutatis mutandis* a la de Benveniste cuando estipula al diálogo como “estructura fundamental” del discurso: “[...] la enunciación coloca dos “figuras” igualmente necesarias, una es la fuente, la otra el objetivo de la enunciación [...]. El monólogo es un diálogo interior [...] entre un yo hablante y un yo oyente”.²³

La lingüística como modo de pensar

Además de los préstamos locales y adaptaciones específicas, además del aspecto de *bricolage* de herramientas apropiadas, la lingüística determinó, en un sentido más amplio, la manera en que nosotros habíamos elaborado progresivamente el método genético. Fue gracias a un principio fundamental de la lingüística, como muy pronto hicimos hincapié en el hecho de que el manuscrito no ponía ante nuestros ojos datos listos para el análisis, sino que estos datos debían construirse en objetos científicos antes de ser analizables. Del mismo modo, fieles al principio saussuriano según el cual “el mecanismo lingüístico funciona por completo sobre identidades y diferencias”, hemos considerado que el manuscrito representaba un corpus en el que era necesario situar con precisión los paradigmas descriptibles en términos de identidad o diferencia. Y este trabajo supone necesariamente la localización y el recorte de un conjunto definido, en unidades de clasificación (en términos de Z. S. Harris: en clases de equivalencia). Es decir, es necesario decidir siempre adónde se sitúan el principio y el final de un paradigma de reescritura, o, para hablar con Jean Fourquet, adónde está el campo de incidencia de una variante.²⁴

Este planteamiento implica a su vez la exhaustividad del recorte. Pero la *variancia* no es la única propiedad de un borrador. Éste contiene también un registro particular que se puede aprehender perfectamente gracias a la función metalingüística de Jakobson. De ella dependen todas las instrucciones que el escribiente se dirige a sí mismo, las evaluaciones de lo que ya escribió o de lo que debe aún escribir, en resumen una suerte de didascalias que enjambran el “work in progress” y que ayudan a hacerlo avanzar. Se puede citar el ejemplo famoso de los *Ébauches* por el que comienza el dossier genético de Zola, que desborda de comentarios (“no, hace falta otra cosa”), reactivaciones (“querría, después del Sueño, hacer cualquier otra novela”), autoprescripciones (“y allí, decir inmediatamente por qué han venido”), autoevaluaciones (“eso no me parece mal”) e hipótesis (“si fuera el amante el que obligara a la mujer a matar a su marido, la historia quizá se arreglaría mejor”).²⁵ Se ve cuán cercano está este registro de lo que llamamos “la doble locución”: el escritor es juez y parte, escribe, se relee y reescribe. Se podrían describir muchos otros razonamientos y decisiones en el trabajo sobre el manuscrito cuyo origen se remonta a los principios metodológicos de la lingüística. Lo que nos importa aquí, es destacar que la construcción de la genética de los textos se basó verdaderamente en un método de pensar y actuar consustancial a las ciencias del lenguaje. Resulta iluminador recordar al respecto el juicio de A. Culioli, que hace hincapié en “la eficacia de la lingüística en el estudio de los manuscritos”.²⁶

10. Nuevas perspectivas, a modo de conclusión

Los desarrollos recientes abren perspectivas pluridisciplinarias a causa de la ampliación de los corpus y de la profundización de intercambios con la informática y la psicología cognitiva.

En primer lugar, en el campo de la informática. Como se ha visto, ésta ha sido asociada, desde su origen, a la aplicación de los métodos y herramientas de tratamiento lingüístico que hemos desarrollado. El corpus de preguntas-respuestas mediante el cual elaboramos el concepto de doble locución se constituyó a partir de la explotación de un registro numérico digital de textos de Heine. Asimismo, el diccionario de las sustituciones constituyó una de las partes fundamentales del trabajo efectuado por uno de nosotros con los manuscritos de *Lutezia*.²⁷ En los años noventa, la emergencia del concepto de *hipertexto* nos encaminó hacia la exploración de otras líneas de investigación, más estrechamente lingüísticas y más abiertas a contrastaciones con la filología, a través de la renovación de la edición crítica que surgió del desarrollo de las nuevas tecnologías.

Si bien no desarrollaremos este aspecto aquí, cabe señalar que uno de los retos vinculados a este desplazamiento hacia la edición electrónica, ha sido el de la representación de la página manuscrita. ¿Cuáles son los parámetros pertinentes para describirla y cifrarla de tal modo que resulte a la vez fiel a su complejidad semiótica y compatible con las tecnologías de la información? ¿Cómo “poner en escena” la sustancia gráfica de la página manuscrita, en un interface eficaz con el usuario, sea éste editor o geneticista?²⁸

Más recientemente, un trabajo realizado conjuntamente por los lingüistas del ITEM y Juan-Gabriel Ganascia dio lugar a la realización del software *Medite*²⁹ que permite comparar automáticamente dos textos cercanos entre sí pero con variantes.³⁰ El tratamiento informático despliega las cuatro operaciones —sumas, supresiones, sustituciones, desplazamientos— que habíamos definido en los dossiers de génesis, subsumiéndolos al concepto de sustitución. Dicho tratamiento aporta pues una convalidación empírica suplementaria a este concepto, mostrando su carácter operatorio en el caso de corpus en los que no se dispone de borradores, sino solamente de versiones sucesivas, sin tachaduras, de un mismo texto.

En segundo lugar, el “método lingüístico” que elaboramos inicialmente para las génesis literarias nos permitió abrir nuestras investigaciones hacia otros corpus, no literarios. Así, por un efecto de retorno, la genética lingüística se utiliza ahora para explorar dossiers genéticos de lingüistas teóricos como Benveniste.³¹ A través de la indagación de los tanteos sucesivos, certificados en los manuscritos, se trata de reconstituir “la elaboración progresiva del pensamiento en el ejercicio del discurso” del que hablaba Kleist, y, por ejemplo, de ir siguiendo la aparición progresiva del concepto de enunciación a través de los pre-textos sucesivos de Benveniste.

La misma apertura puede verse en las cooperaciones desarrolladas con las investigaciones en didáctica de la escritura. Éstas fueron iniciadas por la tesis fundadora de Claudine Fabre que, desde fines de los años ochenta, ha aplicado los métodos y las herramientas de la genética lingüística al análisis de borradores de alumnos de escuelas primarias.³² También se perpetuaron en los trabajos de Claire Doquet-Lacoste, que para dar cuenta de los borradores manuscritos, se vio llevada a confrontar las herramientas elaboradas por nosotros, con los datos surgidos de las grabaciones en tiempo real de los procesos de escritura en computadora.

Estas confrontaciones pluridisciplinarias ponen en evidencia cuestiones epistemológicas fundamentales que ya estaban contenidas implícitamente en la decisión inicial de someter los corpus literarios a un tratamiento lingüístico: a la cuestión de la especificidad de la escritura literaria, se asocia necesariamente la cuestión complementaria de la unicidad de los procesos de producción escrita. Si el enfoque lingüístico de la génesis literaria tiene alguna pertinencia, es ciertamente porque, más allá de la afirmación de su literariedad, los borradores son, en primer lugar, del orden de “la puesta en funcionamiento de la lengua” en tanto se trata de un proceso universal.

La participación de los genetistas lingüistas en la red constituida por Denis Alamargot en torno a los “enfoques pluridisciplinarios de la producción verbal escrita”³³ ilustra la importancia de esta problemática en la evolución futura de las investigaciones sobre escritura. Lo que está en juego en estas perspectivas respecto de las escrituras literarias y las escrituras escolares, las técnicas y todas las escrituras “ordinarias” es múltiple, y su enumeración excedería el marco de este artículo. Mencionaremos aquí sólo una: el entrecruzamiento fecundo entre las hipótesis que construimos a partir de los manuscritos de escritores, y las que subyacen a los protocolos experimentales de la psicología cognitiva. De este modo, se pudo poner en marcha muy recientemente una asombrosa convergencia entre el par “escritura con programa/escritura en proceso” postulado por Louis hace unos veinte años,³⁴ y una oposición propuesta por algunos psicólogos cognitivos entre una escritura “clásica” y una escritura “romántica”.³⁵

Concluiremos este panorama mencionando las consecuencias del desarrollo exponencial de la escritura en computadora sobre los métodos, conceptos y herramientas que hemos venido elaborando desde hace treinta años. Se alerta a menudo sobre la amenaza de desempleo para los lingüistas genetistas, a quienes la computadora vendría a privar de datos, en el futuro, ante la desaparición de los borradores manuscritos. Si se tiene en cuenta la reciente evolución, nos parece, al contrario, que —en este ámbito como en todos aquellos sobre los cuales inciden las tecnologías de la información— la investigación lingüística sobre los procesos de escritura deberá enfrentarse más bien, en un futuro próximo, a la sobreabundancia y a los cambios de escala en el carácter granulado de los datos.

Se advierten, en efecto, progresos espectaculares en las técnicas de registro de lo que los informáticos y los psicólogos llaman la escritura *on line*, es decir, en tiempo real. En los años noventa, el software informático *Génesis del texto* elaborado para el INRP por miembros de la Asociación Francesa para la Lectura, abrieron esta vía guardando back-ups del desarrollo concreto del proceso de escritura en el caso de escribientes principiantes.³⁶ Al haberse anticipado demasiado, en relación con el estado de las máquinas y programas de procesadores de textos de la época, esta iniciativa no pudo continuar directamente. Sin embargo, últimamente se formalizaron procedimientos comparables en otros lugares: varios programas informáticos (software) se desarrollaron para registrar la totalidad del desarrollo de un proceso de escritura en la temporalidad.³⁷ Las huellas manuscritas del proceso de escritura son valiosas, en tanto permiten acceder al desarrollo de las operaciones de escritura en la temporalidad. Pero son incompletas: sólo una parte del proceso deja huellas sobre el soporte de la escritura, el resto se pierde irremediamente, o en cualquier caso se reconstituye de un modo conjetural y parcial. Estos huecos son colmados íntegramente por las técnicas de registro recientes. Hoy en día se puede saber que en el instante t_0 un escribiente tipeó la letra a ; que algunas milésimas de segundo después, en el instante t_1 , tipeó la letra siguiente; que hizo una pausa de varios segundos en medio de la palabra, o entre dos sintagmas, o al final de la frase, etc.³⁸ El procesador de texto hace perder al escribiente —y al lingüista genetista que quiera observarlo— la riqueza y la polivalencia de la huella gráfica. Pero aporta al investigador una abundancia de datos, una precisión en el registro de los rastros, que no tienen equivalente en el mundo de la escritura manuscrita.

El cambio de escala que surge de esto plantea nuevas preguntas a las que nos enfrentamos al principio de nuestro trabajo. ¿Cómo estructurar esta masa de información para transformarla en datos analizables? ¿Cuáles son las unidades de tratamiento pertinentes? ¿Cómo se las definirá? ¿Cuál será la interacción de los parámetros lingüísticos (palabras, morfemas, sintagmas, frases,...) de los parámetros temporales (cómo hacer una tipología pertinente de las pausas) y los parámetros topográficos (a qué corresponde un desplazamiento del cursor en el texto ya escrito)? Si las acciones elementales (añadir, suprimir, sustituir, desplazar) parecen no estar afectadas, ¿qué ocurre con las operaciones que el observador construye a partir de éstas? ¿Cuáles son los efectos de la potencia reforzada del instrumento de observación? ¿Se puede considerar que éste se nos acerca más a lo que serían los mecanismos cognitivos “reales” que intervienen en el proceso de la producción escrita?

Son todas preguntas apasionantes, que demuestran que la “lingüística genética” tiene aún mucha tela para cortar, y que la investigación sobre la producción verbal escrita apenas está comenzando...

Artículo original en línea:

Jean-Louis Lebrave et Almuth Grésillon, “Linguistique et génétique des textes: un décalogue”, publicado el 23 marzo de 2009. Disponible en: <http://www.item.ens.fr/index.php?id=434571>

¹ Recordemos que “pre-texto” designa al conjunto de los documentos escritos que son portadores del testimonio de la elaboración progresiva del texto.

² Jean-Yves Pollock, *Langage et cognition*. Paris, P.U.F., 1997, p. 19.

³ Ver, por ejemplo, el nº 26 de *Langages*, “La grammaire générative en pays de langue allemande”, Paris, 1972.

⁴ Para una síntesis, cf. por ejemplo Rand J. Spiro, Bertram C. Bruce, William F. Brewer (eds), *Theoretical Issues in Reading Comprehension. Perspectives from Cognitive Psychology, Linguistics, Artificial Intelligence and Education*. Hillsdale, N. J., Lawrence Erlbaum Associates, 1980.

⁵ Almuth Grésillon et Jean-Louis Lebrave, “Les manuscrits comme lieu de conflits discursifs”. *La genèse du texte: les modèles linguistiques*. Paris, Éditions du CNRS, 1982, p. 129.

⁶ Blanche-Noëlle Grunig, “Structure et processus”. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, t. XCI (1996), fasc. 1, pp. 37-53.

⁷ Antoine Culioli, “Préface”. *La genèse du texte, op. cit.*, p. 10

⁸ Stéphane Robert, “Modèles linguistiques de production”. *Production du langage* (Michel Fayol, ed). Paris, Hermès Science Publications, 2002, pp. 78 y siguientes.

⁹ Flower, L. S., & Hayes, J. R., “The dynamic of composing: Making plans and juggling with constraints”. *Cognitive processes in writing* (L. W. Gregg & E. R. Steinberg, eds). Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates, pp. 31-50.

¹⁰ Para una síntesis, cf. M. Fayol, *op. cit.*, en particular los capítulos de Denis Alamargot et Lucile Chanquoy y el de Thierry Olive.

¹¹ Esta convergencia se concretó en 2002 con la creación —por parte del CNRS— de una red (GDR) “Approches pluridisciplinaires de la production verbale écrite” dirigida por Denis Alamargot.

¹² Cf. por ejemplo Nina Catach (ed), *Pour une théorie de la langue écrite*. Paris, CNRS-Editions, 1988.

¹³ Cf. por ejemplo Jacques Anis (ed), *Langue française* nº 59. Le signifiant graphique. Paris, Larousse, 1983.

¹⁴ Cf. por ejemplo Jack Goody, *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*. Paris, Éditions de Minuit, 1979.

¹⁵ El problema, desde entonces, se ha vuelto más complejo con la escritura por computadora.

¹⁶ Antoine Culioli, *op. cit.*, p. 10.

¹⁷ Para una presentación sintética, cf. por ejemplo el capítulo 6 en Almuth Grésillon, Jean-Louis Lebrave, Catherine Viollet, *Proust à la lettre. Les intermittences de l'écriture*. Tusson, du Lérot, 1990.

¹⁸ Almuth Grésillon, “Les variantes de manuscrits: critères et degrés de pertinence”. *La publication des manuscrits inédits* (Louis Hay y Winfried Woesler, eds). Berne, Peter Lang Verlag, coll. “Jahrbuch für internationale Germanistik”, Reihe A, Bd. 4, 1979, pp. 179-189.

-
- ¹⁹ Cf. Almuth Grésillon et Jean-Louis Lebrave, *art. cit.* (nota 5), p. 137, o Jean-Louis Lebrave, “Le locuteur: la course au trésor”. *Cahier Heine* n° 3. Paris, 1984, pp. 74-75.
- ²⁰ Emile Benveniste, “L’appareil formel de l’énonciation”, *Langages* n° 17, 1970.
- ²¹ *Ibid.*, p. 18.
- ²² Almuth Grésillon y Jean-Louis Lebrave (eds), *La langue au ras du texte*. Lille, P.U.L., 1984, pp. 97 ss.
- ²³ *Ibid.*, p. 18.
- ²⁴ La gestión de este condicionamiento tuvo un papel decisivo en los tratamientos informáticos elaborados para estructurar los datos manuscritos. Cf. Jean-Louis Lebrave, *Le traitement automatique des brouillons*. Numéro spécial de *Programmation et sciences humaines*, Paris, 1984.
- ²⁵ Cf. Almuth Grésillon, “Langage de l’ébauche: parole intérieure extériorisée”. *Langages* n° 147, “Processus d’écriture et marques linguistiques”, 2002, pp. 19-38
- ²⁶ Antoine Culioli, *art. cit.*, p. 10.
- ²⁷ Cf. Jean-Louis Lebrave, *Le traitement automatique des brouillons*, *op. cit.*
- ²⁸ Cf. Aurèle Crasson, “Représenter l’illisible”. *Genesis* 27, 2006, p. 163-164.
- ²⁹ Cf. Irène Fenoglio et Jean-Gabriel Ganascia, “EDITE, un programme pour l’approche comparative de documents de genèse”. *Genesis* 27, 2006, pp. 166-167, y Rudolf Mahrer, “La Génétique Assistée par Ordinateur: *Médite* au banc d’essai ou Du tout neuf pour le *Tout-vieux*. *Ibid.*, pp. 168-172.
- ³⁰ Es interesante destacar que los algoritmos utilizados para estas comparaciones (los informáticos hablan de alineación monolingüe) son los que se desarrollaron en genética biológica para realizar la secuenciación del genoma.
- ³¹ Irène Fenoglio dirige un equipo del ITEM dedicado a la exploración de los manuscritos de Benveniste.
- ³² Cf. Claudine Fabre, *Les brouillons d’écolier*. Grenoble, Editions L’Atelier du texte, 1990, y Claudine Fabre, *Réécrire à l’école et au collège*. Thiron, ESF Éditeur, 2002.
- ³³ Esta red acaba de ampliarse al conjunto de los investigadores europeos que trabajan sobre los procesos de producción escrita, con la creación de la red europea “The European Research Network on Learning to Write Effectively” (ERN-LWE).
- ³⁴ Louis Hay, “Die dritte Dimension der Literatur”. *Poetica*, Amsterdam, vol. 16, 1984, cahier 3-4, pp. 307-323.
- ³⁵ Cf. Denis Alamargot et Jean-Louis Lebrave, “A mutual contribution by cognitive psychology and genetic criticism to the study of professional writers”. *European Psychologist*, 2009, Volume 14, Issue 1.
- ³⁶ Cf. por ejemplo Claire Doquet-Lacoste, “Indices et traces de l’activité métadiscursive des scripteurs: aspects de la réécriture”. *Le français aujourd’hui*, n° 144, 2004, pp. 33-41.
- ³⁷ A Lund, Sven Strömqvist y su equipo elaboraron el programa informático *Scriptlog*; cf. Sven Strömqvist, “Une approche expérimentale du processus d’écriture: l’enregistrement de la frappe au clavier”. *Genesis* n° 27, 2006, pp. 45-58. En Anvers, el equipo de Luuk Van Waes desarrolló el programa informático *Inputlog*, que funciona en los orígenes del programa informático comercial *Word*; cf. Marielle Leijten et Luuk Van Waes, “Inputlog: A logging tool for the research of writing. Por último, en Poitiers, Denis Alamargot et David Chesnet desarrollaron el programa *Eye and Pen*, que registra la escritura manuscrita a partir de una tableta gráfica; cf. G. Caporossi, D. Alamargot & D. Chesnet, “Using the computer to study the dynamics of handwriting processes”. *Lecture Notes in Computer Science*, 3245, 2004, pp. 242-254. *Scriptlog* y *Eye and Pen* ofrecen la posibilidad de registrar los movimientos oculares del escribiente a medida que escribe.
- ³⁸ Asimismo, sin hablar del registro de los movimientos oculares, “menos ecológico” puesto que depende de que el sujeto acepte llevar un casco sobre la cabeza y se preste de buena gana a un procedimiento experimental que sigue siendo invasivo.